

der seguir viviendo como vives? ¿No podríamos arreglar que tuvieras un tanto fijo?...

FEDERICO, *sombrio*.

No hay posibilidad de que cambie mi manera de vivir.

LEONOR, *con agudeza*.

Se me ocurre una idea. ¿Te la digo? Pero no has de enfadarte. Pues... allá voy... Me parece una atrocidad que pases tantas amarguras teniendo esa amiga tan ricachona.

FEDERICO, *espantado*.

¡Leonor! ¡También tú!...

LEONOR.

No, monín; si yo no digo que tú le pidas... Digo que de ella debiera salir el ofrecerte una cantidad gorda, para que de una vez...

FEDERICO, *irritado*.

Quita, quita. Déjame en paz.

LEONOR.

Anda..., tonto... Fuera escrúpulos y bobadas... (*Remedándole*.) ¡El honor..., la *diznidaz!*... ¿Qué importa que...? Vamos, que buenos miles podría darte; y algo me había de tocar á mí.

FEDERICO, *excitadísimo*.

Me voy, me voy por no oírte.

LEONOR, *alarmada*.

Chico, no te pongas así. Tú tienes alguna mala idea y no quieres decírmela.

FEDERICO, *tomando su sombrero*.

Me voy. Déjame.

LEONOR.

No me gusta verte salir de estampía.

FEDERICO.

Se me había olvidado que he prometido visitar hoy á mi hermana, visita que no significa reconciliación ni mucho menos. (*Con enojo*.) ¿Pues no pretenden también que yo dé el nombre de hermano á ese...? ¡Estúpida exigencia!

LEONOR.

Vamos, perdona á tu hermanilla. Te estás atormentando... ¡Qué manías tienes tan tontas!... ¡Pobre niña! Haz las paces... y á vivir.

FEDERICO.

¡Tú también!... Vuelvo. (*Retírase muy agitado*.)

LEONOR, *alarmada, viéndole salir y sin atreverse á seguirle*.

¡Pobre mico, no me gusta su cariz!... Su cabeza está llena de nubarrones. Diera yo algo por poder despejársela.

ESCENA VIII

Sala en casa de la viuda de Calvo.

LA VIUDA DE CALVO, *señora de edad avanzadísima, pero bien conservada, vestida de negro, con espejuelos, gorro á la francesa. Sale por la derecha apoyándose en un bastón; CLOTILDE, que está junto al balcón de la izquierda mirando á la calle.*

VIUDA DE CALVO.

¿Qué haces ahí?

CLOTILDE.

¿No ha concluído Santana de conferenciar con ese señor?

VIUDA DE CALVO.

Aún tienen para un ratito. ¿Qué miras? ¿A quién esperas?

CLOTILDE.

A mi hermano, que prometió venir á verme. No puedo apartar de la calle mis ojos, esperando verle entre los que pasan.

VIUDA DE CALVO, *separándola del balcón.*

No te afijas, chiquilla, ni te impacientes, que ya parecerá, si es cierto que ha manifestado propósitos y deseos de verte.

CLOTILDE.

Dijome Bárbara que vendría por la tarde, y la tarde se acaba.

VIUDA DE CALVO.

¿Tan pronto? ¿Cómo se ha de concluir el día antes de las cuatro de la tarde?

CLOTILDE, *señalando al balcón.*

Ya lo ve usted, es casi de noche. El sol se pone.

VIUDA DE CALVO.

¡Qué se ha de poner, bobilla! No te empeñes en acelerar la carrera del sol, que bastante de prisa andan los días, sobre todo para los que ya los vemos pasar sin ninguna ilusión. Tu hermano vendrá, si no de tarde, de noche, ó cuando quiera venir.

CLOTILDE.

¡Ay! ¡Cuánto deseo verle! Siete días hace que de él me separé, y me parecen siete años. ¡Pobre hermano mío! Cuando salí de su casa, la fiebre de la resolución que tomé no me dejaba presentir la pena de esta ausencia. Federico tiene sus defectos, como todos; pero su corazón es noble. En los últimos días que pasé con él, sus defectos se abultaban á mis ojos y sus cualidades disminuían. Pues ahora me pasa lo contrario: las cualidades crecen y los defectos me parecen insignificantes.

VIUDA DE CALVO.

Es caballeroso, inteligente, simpático y de buen natural; pero has de convenir conmigo en

que no sirve para criar hermanas. Descuellan en él estímulos de altanera dignidad, instintos de nobleza que lucirían bien en una posición opulenta, como piedras preciosas montadas en oro; pero que se despegan del cobre dorado de la penuria vergonzante en que se empeña en ponerlos. ¡Ay, hija de mi alma! La realidad, con sus lecciones dolorosas, me ha enseñado á mí lo que es decadencia. Ideas de vanagloria tuve yo también, y con ellas posición muy distinta de la que tengo ahora. Pero caí, y me encontré con que las tales ideas, y el puntillo de honor y todo lo demás, eran de muy mal ver sobre las ruinas que me rodeaban. Aprendí á ver mayores extensiones de mundo; la necesidad me hizo viajar por regiones bajas, que son las más interesantes y las que más vida encierran, y descubrí que el reino de la humanidad tiene muchas más provincias y comarcas de las que yo creía. Por eso abracé tu causa, sin asustarme del escándalo que dabas, ni de tu desigual elección, ni del camino torcido que escogías para llegar al matrimonio. Cuando se miran las cosas desde arriba, se ve la grandeza de los móviles humanos, y no se distingue la pequeñez microscópica de los trámites sociales. Os protegí y os protegeré mientras pueda, sin hacer caso de los furoros de tu hermano ni de los asombros de lo que llaman opinión, asombros que no vienen á ser más que

un movimiento de curiosidad, detrás del cual está la indiferencia.

CLOTILDE.

¡Ay, cuánto sabe usted, señora! (*Con entusiasmo.*) Habla lo mismito que un libro.

VIUDA DE CALVO.

Los años, hija mía, son mis libros, el tiempo mi biblioteca y mi estudio el vivir... (*Suena un timbre: se sienten pasos.*) Pero alguien ha entrado.. ¡Si será al fin el caballero de los imposibles!... (*Clotilde corre á la puerta del fondo.*)

ESCENA IX

Las mismas. FEDERICO.

VIUDA DE CALVO, *viéndole entrar.*

¿No lo dije?

CLOTILDE.

¡Hermanito...! (*Abrazándole.*) ¡Gracias á Dios!

FEDERICO, *abrazándola.*

¡Ingrata! (*Saluda á la señora de Calvo.*)

VIUDA DE CALVO.

Desde que la niña supo que usted vendría, la ansiedad y el contento no la han dejado vivir. Los siete días de ausencia se le antojaban siglos, impaciente por ver á su hermano y oír de él palabras de concordia y perdón.

CLOTILDE, *que besa las manos de Federico, llorando.*

¿No es verdad que me perdonas, que olvidas la pena que te dí?

FEDERICO.

No soy rencoroso. Te perdono el mal que me hiciste emancipándote de mí y huyendo de mi lado sin consultarme tu inclinación. Si me hubieras pedido consejo, yo te habría quitado de la cabeza ese error deplorable.

CLOTILDE.

¿Aún insistes en que es error? Yo no te consulté, persuadida de que me habías de decir no-nes. Era cuestión grave. Me sentía sola en el mundo, y creí que estaba en mi derecho eligiendo por mí misma al que había de ser mi marido.

FEDERICO.

Creíste mal. Pero no he de volver ya sobre lo que no tiene remedio. El error está cometido, y yo, aunque te perdono, no varío de modo de pensar respecto al fondo de él. Lo hecho, hecho está. Me someto á la realidad, pero dentro de la medida que me marca mi criterio. Te perdono: te miraré siempre como hermana; pero no me pidas más de lo que humanamente puedo darte.

CLOTILDE, *con tristeza.*

Eso quiere decir que transiges conmigo, pero no con el que va á ser mi esposo.

FEDERICO.

Así es.

CLOTILDE, *á la señora de Calvo.*

¿Le parece á usted...? ¡Qué crueldad, qué orgullo!

VIUDA DE CALVO, *festivamente.*

Hija mía, él es así; pero pierde cuidado, que se modificará.

CLOTILDE.

¿Cuándo?

VIUDA DE CALVO, *riendo.*

Cuando tenga mis años. Si tan largo me lo fias.. Sr. de Viera, es usted un chiquillo y piensa y obra como tal.

FEDERICO.

¡Qué quiere usted, señora! No podemos ser de otra manera que como somos. Perdóneme la perogrullada.

VIUDA DE CALVO.

No tema el caballero de los imposibles que yo me ponga á sermonearle. No acostumbro predicar á quien no quiere oír. Lo único que le diré, para que vaya abriendo los ojos, es que Clotildita ha demostrado buen tino en la elección de marido, porque Santana, sin ser un Gutibamba ni un Mucibarrena, es mozo de muy buen natural y de gran talento para cultivar la ciencia del vivir. Hoy por hoy no tiene sobre qué caerse muerto; pero acuérdesese usted de lo que le dice esta vieja: llegará día en que el caballero de los melindres, abandonado de todo el mundo y sin tener donde guarecerse, llame á la puerta de su hermana pidiendo un asilo y un pedazo de pan. Y su euñado, que es un alma

de Dios, aunque no vista elegante, se lo dará. Y usted tan... agradecido.

FEDERICO.

No dudo de que posea usted el don de la profecía, señora. Lo que ha dicho podrá suceder... (*Para sí.*) Parece propiamente una bruja esta buena señora.

VIUDA DE CALVO.

Vamos, no se enfade porque le diga la buena ventura. Sr. de Viera, leo en su pensamiento. En este instante está usted diciendo para sí: «Parece una bruja esta buena señora.»

FEDERICO.

¡Oh!, no; no he pensado tal cosa. Usted habla como la experiencia; yo contesto como la terquedad y las preocupaciones. ¿Qué culpa tengo de no vencerme? Están mis ideas muy remachadas, y no hay quien me las arranque. No nos traslademos al siglo que viene; estamos donde estamos, y en este momento yo no quiero ni oír hablar de la persona que me ha quitado el cariño de mi hermana, tomándose una mujer que no merece ni se merecerá nunca, aunque llegue á reunir los millones de Rothschild.

CLOTILDE, *enojada.*

Pues sí que me merece. Vale más que yo, mucho más.

FEDERICO.

No disputemos sobre eso. Se puede discutir todo menos sobre las simpatías y antipatías personales. Lo que pertenece al orden de los sentimientos, sea cariño, sea rencor, es sagrado. Dejémoslo como está.

VIUDA DE CALVO.

Es cierto. Los odios están erizados de picos, y por mucho que las palabras froten sobre ellos no los suavizarán. Las palabras son blandas, los odios son duros. Las asperezas de la vida, ayudadas del tiempo, sí que liman bien. Déjale, déjale. Si no quiere hacer las paces con tu futuro, que no las haga. Por de pronto las ha hecho contigo, y esto ya es algo.

CLOTILDE.

¿Serás tan ingrato, tan duro, tan orgulloso, que no asistas á mi boda?

FEDERICO.

No asistiré. No puede uno desmentirse á sí mismo en tan breve tiempo. Sostengo que no es decoroso para mí ni para él que yo asista.

VIUDA DE CALVO, *irónicamente.*

Tiene razón. En ley de caballería, no se olvidan de hecho las ofensas tan pronto como se dice. Que no se vean. Vale más que no se vean..., no vaya á resultar que se coman.

CLOTILDE, *animosa*.

Pues yo digo que se han de ver. Que quieras que no, has de darle la mano.

FEDERICO, *para sí*.

Me despediré... (*Saludando á la viuda de Calvo.*) Señora mía...

CLOTILDE, *cogiéndole de una mano*.

No, no te dejo ir. Un momentito... En seguida sale. Está en ese gabinete con el señor de Orozco.

FEDERICO.

¡Con Tomás!

CLOTILDE.

¿A qué viene ese espanto? Con Orozco, sí; con tu amigo, un señor muy bueno, que nos protege y no nos abandonará nunca.

FEDERICO, *desasosegado*.

Adiós.

CLOTILDE, *tirándole del brazo*.

Que no te vas, digo.

VIUDA DE CALVO.

Más vale que le dejes. Le molesta sin duda ver á los que le dan una leccioncita de tolerancia.

FEDERICO.

Es la verdad, y como me molesta me voy.

ESCENA X

Los mismos. OROZCO, SANTANITA, que salen por la derecha.

OROZCO.

¡Tanto bueno por aquí!

FEDERICO, *cohibido*.

Lo bueno estaba antes de venir yo: lo bueno eres tú.

OROZCO, *queriendo hacerse el insignificante*.

El amigo Santana y yo tratábamos de un asunto..., menudencias, nada en suma. Me gusta verte aquí. Eso me prueba que corren vientos conciliadores.

CLOTILDE.

Paces, D. Tomás; paces tenemos. Pero la fiera no está aún domesticada, y es preciso pasarle la mano por el lomo un poquito más.

OROZCO, *festivamente*.

Cese la ruin discordia. Que esto sea como el *tableau* con que acaban las comedias. Reconciliación, tolerancia, y lo pasado pasado. Haya aquello de *¡hermano mío!*, y abrácese todos, y caiga el telón sobre un final de buenos propósitos.

FEDERICO, *con escepticismo*.

Pues si en las comedias el telón volviera á levantarse, se vería que los buenos propósitos eran conversación.

CLOTILDE, *aparte á Federico.*

Da la mano á mi Luis. Mira, el pobrecillo está asustado y no se atreve á dirigirte la palabra. Háblale tú.

FEDERICO.

¿Que le hable yo?... ¡Tonta!

OROZCO, *observando á Federico y á Santanita.*

¿Qué pasa? ¡Ah!, que no se doblan esos rígidos caracteres. Uno y otro se encariñan con su agravio y no quieren echarlo de sí. ¡Bonita cosa guardáis! Sois un par de majaderos. Sí, defended vuestros rencores como si fueran un hallazgo precioso que alguien os disputa.

VIUDA DE CALVO.

Señor de Orozco, usted que es tan cristiano y posee como nadie el arte de mover los corazones, ponga en paz á estos desdichados, pues de fijo á usted le harán más caso que á nosotras. Yo por vieja, con un pie en la sepultura, y ésta por niña, acabada de nacer, carecemos de autoridad.

OROZCO, *con fingido egoísmo.*

Señora mía, nunca me ha gustado ser reudentor de nadie, ni quiero meterme en libros de caballería. Además, conviene respetar las dimensiones de familia, que en algo se fundan, cuando existen. Cada uno tiene bastante con sus propios afanes. ¿A qué afanarse por el mal ajeno?

FEDERICO, *para sí.*

¡Hipócrita!

OROZCO.

Fijaos bien en este principio: lo que cada cual no haga por sí mismo no debe esperarlo de los demás. Conque, jóvenes inflexibles y caballerescos, si no simpatizáis, buen provecho os haga. No seré yo el que se desviva por zurciros las voluntades. Si esperáis á que yo os reconcilie, medrados estáis.

FEDERICO, *para sí.*

¡Farsante! (*Alto, á la viuda de Calvo.*) ¿Lo ve usted?

VIUDA DE CALVO.

De los dichos á las acciones hay á veces mayor distancia que entre lo fingido y lo real.

CLOTILDE.

Pues yo insisto en que des la mano á Luis. ¿Te irás sin darme ese gusto?

FEDERICO, *secamente.*

Todo lo que yo podía hacer por ti, ya lo he hecho.

OROZCO, *burlándose.*

Eso es: carácter, firmeza, tesón. No se empeñe usted, Clotilde, en abatir esa fortaleza inexpugnable. Que no le da la mano, que no se la da...

SANTANITA, *queriendo aparecer sereno.*

Pero es preciso hacer constar que yo no he deseado que me la dé. Conste esto.

OROZCO.

Sí, hombre; constará todo lo que usted quiera. Tratándose de tonterías por una y otra parte, hay aquí mucho que apuntar para enseñanza de las generaciones futuras.

SANTANITA.

Y conste también que nada absolutamente tenemos que agradecer Clotilde y yo á las personas que más debieran mirar por ella, ya que no por mí...

OROZCO.

Vamos, también eso constará, si se empeñan en ello.

SANTANITA.

Y que toda nuestra gratitud, toda nuestra consideración y nuestro cariño son para usted, que se ha conducido con nosotros como un padre.

OROZCO, *riendo.*

¡Ave María Purísima! ¡Qué exageración, qué tontería, qué final de comedia cursi!

SANTANITA, *con efusión.*

Y nosotros le reverenciaremos como hijos amantes y sumisos, porque nos ha dado medios de vivir honradamente y de combatir la mise-

ria. La felicidad que llevábamos como en germen en nosotros mismos, usted nos la hace patente y efectiva.

OROZCO, *llevándose las manos á la cabeza.*

¿Yo? Pues no me había enterado... ¡Qué manera de delirar!... No deis importancia á lo que no la tiene.

FEDERICO, *para sí.*

¡Hipócrita! Ya te cayó que hacer. ¿No querías ingratitud? Pues éstos, con su gratitud imperitente, te dan taza y media.

OROZCO, *muy contrariado.*

No, no cantéis victoria, ni me atribuyáis vuestra felicidad. La plaza en casa de Trujillo, al mismo Trujillo la debéis..., casi casi á disgusto mío, que la había pedido para otro.

VIUDA DE CALVO.

No le creáis, no le creáis. Su modestia es tal que no parece de este mundo.

OROZCO, *ligeramente incómodo.*

Repito que no he sido yo..., vamos. ¿Cómo lo diré? (*A Santanita.*) Lo que hemos hablado hace un momento, no lo considere usted como efectivo. Vaya, que el niño se entusiasma por adelantado. No es más que un proyecto, una hipótesis, que tampoco me pertenece. Sólo soy intermediario, y lo que vaya á poder de los hijos de Viera no saldrá seguramente de mi bolsillo.

VIUDA DE CALVO.

No le creáis... que éste las gasta así. (*Con efusión.*) Si os ha prometido algo que aumente vuestro bienestar, creed que os lo dará, y no le hagáis maldito caso si os dice que no es él quien da. ¡Otro más marrullero no existe bajo el sol, que alumbrá tantas maravillas de Dios! Le conozco y á mi no me trastea. Os pondrá mala cara siempre que os encaje algún beneficio, y procurará haceros creer que lo debéis á otro.

FEDERICO, *para sí.*

Toma ingratitud.

OROZCO, *á la viuda de Calvo.*

Señora, usted me está faltando.

VIUDA DE CALVO.

Sí, le falto á usted, me le subo á las barbas, no le permito echárselas de hombre malo, y le arranco la careta. Conmigo (*enarbolando el palo*) no le valen á usted sus maquinaciones infernales.

CLOTILDE, *colgándose de un brazo de Orozco.*

Es nuestro padre, nuestro verdadero padre, y le debemos gratitud eterna y un cariño sin fin.

OROZCO, *sacudiéndose.*

Niña, por Dios, esto ya parece burla.

SANTANITA, *intentando besar la mano á Orozco, el cual la retira.*

Nuestro padre será aunque se enoje, y diga lo que dijere, como tal le tendremos.

OROZCO, *sofocado.*

Basta, moscones, basta. Os juro que sois los mayores tontos que he visto en mi vida.

VIUDA DE CALVO.

Sí, adoradle, que bien se lo merece. No toméis en serio sus farándulas. Es el santo más pillo y más embustero que hay en la tierra.

OROZCO.

Me voy... No puedo resistir esto.

VIUDA DE CALVO.

Pues mal que le pese, le diremos que es un santo y se lo haremos confesar... Duro en él; besadle las manos (*Clotilde y Santanita hacen esfuerzos por besarle las manos; pero él no se deja*), y si se resiste, le amarraremos, y con este palo... (*renqueando hacia él, con el bastón levantado*) le venceré de que es un farsante... y una mala persona..., así..., toma, toma. (*Le toca en los hombros suavemente con la punta del palo.*)

OROZCO, *cogiendo del brazo á Federico.*

Vámonos de aquí. Parece que están todos locos en esta casa... ¡Almas de cántaro!...

VIUDA DE CALVO, *corre tras ellos, tambaleándose.*

Adiós, adiós.